

mayores sueldos. Pero esto es contradictorio, imposible, absurdo. Los que tengan más, son los que realizarán, necesariamente, mayores ahorros, y los que en la comandita universal que se pretende crear, poseerán el mayor número de acciones. ¿Qué importa, pues, que cada trabajador, desde el infeliz que vive amarrado á una rueda y gana un franco 25 céntimos por día, hasta el jefe del Estado que recibe 12 millones anuales, estén inscritos en la lista de los acreedores del Estado? A la iniquidad del salario no habreis hecho más que añadir la iniquidad de la renta; y sucederá con esto lo que con el proyecto de participacion del Sr. Blanqui (capítulo III), según el cual, los asociados partícipes pueden recibir, además de su sueldo, y á título de beneficio, una parte diaria de 18 céntimos. Es, pues, necesario volver á la observacion general que hemos hecho: para que el crédito pueda ser un verdadero medio de equilibrio, es preciso que éste se establezca previamente en el taller, en el mercado y en el Estado; es preciso, en fin, que el trabajo se organice. Ahora bien: esta organizacion no existe; léjos de eso, se la rechaza: luego es evidente que nada podemos esperar del crédito.

A fin de poner esta contradiccion de manifiesto, examinaremos algunos casos particulares del crédito; sobre todo, aquellos que tienen su origen en la caridad más que en el interés, pues como lo haremos notar oportunamente, es de la familia del crédito; es una de sus formas, y desde que sale de su espontaneidad mística y se deja guiar por la razon, queda sometida á todas las leyes del crédito.

Empiezo por los asilos de beneficencia.

Está muy léjos de mi ánimo la intencion de calumniar esas fundaciones verdaderamente piadosas, creadas bajo la invocacion del Niño Jesús, y que la

ciudad de París debe al celo activo é ilustrado de uno de sus más honrados ciudadanos, el Sr. Marbeau. El principio de la miseria es exclusivamente social; es el crimen de todo el mundo; pero las obras de caridad son personales y gratuitas, y yo no merecería perdon si desconociese la virtud de tantos hombres de bien que pasan su vida trabajando por la emancipacion física y moral de las clases pobres.

Que se me dispense, pues, el análisis que me veré precisado á hacer en este libro, y que no se juzgue de la dureza de mi corazon por la inflexibilidad de mi razon. Mis sentimientos, puedo decirlo, fueron siempre lo que amigos y enemigos podian desear que fuesen; y en cuanto á mis escritos, por sombríos que parezcan, no son más que la expresion de mis simpatías por todo lo que es hombre ó viene del hombre.

Hé aquí lo que leo en un impreso de cuatro páginas destinado á propagar los asilos:

«Asilo de los niños pobres, menores de dos años, cuyas madres trabajan fuera de sus domicilios y se CONDUCEN BIEN.»

»El asilo se abre á las cinco y media de la mañana, y se cierra á las ocho de la noche. La madre trae á su hijo con la ropa blanca necesaria para el día; viene á lactarle á las horas de comer, y le recoge por la noche. El niño destetado tiene su cestita como los niños del asilo, y mujeres elegidas entre las pobres, cuidan de ellos. Un médico visita el asilo todos los días. Las madres dan á las mujeres que cuidan de sus hijos 20 céntimos por día. La que tenga dos niños en el asilo, sólo dará 30 céntimos por los dos.»

Siguen los nombres de las señoras inspectoras y directoras, los de los médicos y miembros de los comités.

Confieso que la caridad de tantas personas del sexo femenino, las más distinguidas por el nacimiento, la educacion y la fortuna, que se convierten en hospitaleras de sus hermanas en Jesucristo, esperando que una sociedad mejor les permita convertirse en sus colaboradoras y compañeras, me conmueve y me arrebat; y puedo decir que me horrorizaria de mí mismo si, al hablar de los deberes que estas nobles señoras cumplen con tanto amor y sin que nadie se los imponga, saliese de mí pluma una sola palabra irónica ó desdeñosa. ¡Oh santas y valerosas mujeres! vuestros corazones se anticiparon á los tiempos, y somos nosotros, miserables patricios, falsos filósofos y falsos sabios, los responsables de la inutilidad de vuestros esfuerzos! ¡Quiera el cielo que recibais un día vuestra recompensa; pero quiera el cielo tambien que ignoreis siempre lo que una dialéctica inspirada por el infierno y que la sociedad puso en mi alma, me obligará á decir de vosotras!

¿Por qué en una obra de misericordia, hecha en favor de los *niños pobres menores de dos años, cuyas madres se ven precisadas á ganar el sustento fuera de sus domicilios*, esta restriccion dolorosa, Y SE CONDUCE BIEN? Indudablemente, con esto se quiso estimular el trabajo, ayudar la economía, recompensar la buena conducta sin favorecer el desorden; pero... ¿quién sufrirá los efectos de la exclusion? ¿Será la madre ó el hijo? Y además, la mala conducta de esta mujer, ¿no es tambien una calamidad de la cual se debe salvar al pobre niño, todavía más que del abandono y de la desnudez?

Pero ¡ay! la caridad, si no quiere obrar ciegamente y producir ménos bien que mal, debe, como el crédito, elegir sus personas: la caridad, ó es una especie de contrato con pacto de retro, como sucede

con los asilos, ó un préstamo vitalicio, como el hospital; pero este préstamo en todos los casos es tanto más eficaz, cuanto más saben agradecerlo las personas que lo reciben. La caridad, el corazon y la inteligencia nos lo dicen, no tiene calor para los incurables, como el crédito no tiene capitales para los comerciantes arruinados. Por este motivo vemos que todos cuantos libros se han escrito sobre ella, repiten esta máxima: la caridad debe ser, ante todo, inteligente; lo cual significa que no debe darse sin hipoteca, bajo pena de ejercitar aquella virtud con pérdida, y degenerar en consumo improductivo, en destruccion.

La caridad es, pues, embustera y avara como el crédito. Y es extraño que, de dos cosas tan opuestas en la apariencia, aunque perfectamente idénticas, como son la caridad y la usura, los moralistas no hayan sabido deducir esta consecuencia fatal que no pasó desapercibida á la antigua teología: que la caridad es en efecto una virtud SOBRENATURAL, un principio anti-social, subversivo y anárquico; una virtud, en fin, enemiga del hombre. Es extraño, repito, que haya todavía escritores de fama, como Michelet, que prediquen al mundo la regeneracion por medio del amor y la omnipotencia del sacrificio.

¡Cómo! ¡no sois capaces de practicar las obras de abnegacion; no podeis ejercer la caridad sin hacer uso de vuestra razon, es decir, sin traducir vuestra caridad y vuestro sacrificio en un acto de simple justicia conmutativa, en una operacion de crédito; y cuando hablamos de organizar este mismo crédito, de organizar el trabajo, de crear la justicia, de hacer que la caridad sea, no sólo inteligente, sino tambien inteligible, gritais contra el mercantilismo ó contra la utopia! Nos acusais de dureza y nos calificais de egoistas, porque queremos someterlo todo

al cálculo, en vez de dirigirnos, como vosotros, al amor y á la fé; preferís á la aritmética una caridad hipócrita, que no puede prescindir de la aritmética sin hacerse imbécil; pero... ¿quién ignora que la caridad, el sacrificio y la abstinencia, os agradan porque amais la desigualdad, porque debajo de ese aire humilde ocultais un orgullo insoportable, y porque sois propietarios? Y bien: procurad justificar ahora vuestra caridad: defendedla, si os atreveis.

Al asilo no le bastaba exigir, como seguridad, la buena conducta de la madre, no; era preciso imponer á esta mujer pobre y cargada de hijos una contribucion, y se la impuso. Las madres dan á las mujeres que cuidan á sus hijos 20 céntimos por dia, y si tienen dos, 30 céntimos por los dos. Contemos ahora 30 céntimos por la asistencia, 10 por ropa y lavado, 10 de calzado por todos los viajes que la madre habrá de hacer al asilo: total, 50 céntimos á deducir de un jornal de 90 céntimos ó de un franco, cuando más. Añadid á esto que la madre abandona su casa, que no hace nada para su marido ni para ella misma, y vereis que la ventaja de los asilos para las mujeres pobres, es igual á cero.

¿Puede suceder esto de otro modo? No; pues si el trabajo de mecer al niño, el lavado y los demás cuidados que se le prodigan, fuesen gratuitos; si las madres no tuviesen más que hacer que lactarlos, el asilo se convertiría bien pronto en pretexto y objeto de un impuesto considerable; sería una verdadera contribucion de pobres, un estímulo á la maternidad legítima ó ilegítima, al aumento de poblacion, verdadera esfinge de las sociedades modernas. La caridad tiene que hacer aquí dos cosas incompatibles: cuidar de los niños pobres, y no estimular á los pobres para que tengan hijos. Precisamente, ese es el problema de Malthus; aumentar constante-

mente las subsistencias sin que éstas hagan crecer la poblacion. Apóstoles de la caridad: ¡sois tan absurdos como los economistas!

Y notad bien este contraste. La madre cuyo hijo entra en el asilo, porque ella se conduce bien y trabaja; esta madre, á quien parece que se hace una limosna, la hace ella mucho mayor á sus protectoras, cuando les dá su dia de trabajo por 20 cuartos. De tiempo en tiempo, suelo leer en los periódicos las memorias de las loterías para los pobres; loterías cuyos billetes se premian generalmente con bonitas obras que regalan las señoras de caridad. Esto significa que una dama del gran mundo, cristiana y caritativa, que comprende que la mision del rico consiste en reparar los ultrajes que la fortuna hizo al pobre, y que posee 10.000 libras de renta, fruto del trabajo y de la expoliacion del pobre, le devuelve el 5 ó el 10 por 100 de lo que le debe, y goza además del mérito del sacrificio. ¿Podeis negar ahora, que vuestra caridad es hipocresía y usura? ¡Eh!... *Cada uno por sí y para sí*, si os parece; vuestras encargadas de pedir para los pobres, son cortesanas con las cuales seducís al pueblo y devorais su patrimonio. Que las grandes señoras trabajen para sí, que los pobres hagan lo mismo, y sepamos de una vez si la justicia vale ó no vale más, para la felicidad del mundo, que la abnegacion y el sacrificio.

¿Quién nos salvará de la caridad, de esta mistificacion por cuyo medio se está abusando de la inocencia del proletario, de esta conspiracion permanente contra el trabajo y la libertad?

Prescindo ya de los asilos, de los calefactorios públicos, de la escuela gratuita (gratuita! como el aprendizaje...), y llevo al *monte de piedad*. Aquí debería protestar de nuevo del respeto profundo que

me inspiran los autores de esta fundacion útil; y á fin de que no se me acuse de una misantropía sistemática, y probar hasta la evidencia que yo sólo censuro las ideas, las teorías y las instituciones que en ellas se fundan, quiero partir, en lo que respecta al monte de piedad, de la hipótesis más favorable; la de que el dinero del pueblo depositado en la caja de ahorros, sólo se admite en los montes de piedad para prestar al pueblo.

Supongo, pues, que el interés de los capitales empleados en los montes de piedad, es de 3 francos 50 céntimos por 100; el mismo que se paga á los imponentes de las cajas de ahorros..... 3 fr. 50 c.

Gastos de administracion, comisionados, almacenes, etc., $\frac{1}{2}$ por 100..... 50 c.

Valor de los objetos que se dejan fuera, 33 por 100. Admitiendo que de la totalidad de los depósitos, sólo la décima parte se abandone y se venda por el establecimiento ó por el dueño mismo, con un 16 por 100 de pérdida; ésta, repartida entre diez depósitos, dá..... 1 60

Total..... 5 fr. 60 c.

Moralidad:

Con la teoría del crédito, el trabajador que presta á 3 francos 50 céntimos por 100, toma prestado á 5 francos 60 céntimos: diferencia, 2 francos 10 céntimos, que pierde en el interés. Existen algunos montes de piedad que prestan al 12 por 100, con el pretexto de que su producto se emplea en obras pías, sostener hospitales, etc. Esto es como si se sacasen á un hombre veinte onzas de sangre, y se le ofreciese en compensacion un vaso de agua azucarada. Se llegó á decir tambien que era conveniente que el interés en los montes de piedad fuese crecido, á fin

de que el pueblo no se viese estimulado á llevar allí sus ropas: otro abuso de hipocresía. ¿Por qué, pues, no suprimís los montes de piedad? O mejor dicho: ¿por qué no poneis sobre la puerta de esos santos establecimientos: *A qui se asesina por amor de Dios y por el bien de la humanidad?*

Pero la institucion que en nuestros tiempos ha merecido más aplausos, y que, lo digo sin ironía, los merece bajo todos los puntos de vista, es la caja de ahorros. Los caracteres sombríos, á quienes cuesta mucho confesar que el gobierno hizo una cosa útil, han hecho á esta institucion las objeciones más estúpidas: dijeron que el ahorro conducia á la avaricia, que turbaria la paz de los matrimonios por la facilidad que las mujeres tendrian de hacer economías contra la voluntad de sus maridos; preguntaron cómo era posible que ahorrarse la persona que ni siquiera ganaba para vivir, y mil otras chocarrerías que no atacaban el principio en sí mismo, y que sólo sirvieron para probar la mala fé de sus autores.

«Las cantidades que en 31 de Diciembre de 1843 debia la caja de depósitos y consignaciones á las cajas de ahorros de las principales ciudades manufactureras del reino, eran:

A la de San Quintin.....	1.255.000 fr.
A la de Sedan.....	800.000
A la de Troyes.....	1.881.000
A la de Luviers.....	680.000
A la de Nimes.....	1.675.000
A la de San Estéban....	2.606.000
A la de Rive-de-Gier... ..	130.000
A la de Reims.....	1.813.000
A la de Lille.....	4.412.000
A la de Mulhouse.....	1.081.000

A la de Lyon.....	7.589.000
A la de Rouen.....	6.158.000
A la de Amiens.....	4.784.000
A la de Abbeville.....	1.386.000
A la de Limoges.....	467.000
<hr/>	
15 ciudades	36.217.000 fr.

«Hé ahí, añade el Sr. Fix, algunos puntos elegidos en todo el territorio, y que representan nuestras principales industrias en todas sus ramificaciones. Consultando las memorias de estas diferentes cajas de ahorros, se vé que todas las categorías de obreros tomaron parte en los depósitos; lo cual prueba que ninguna clase trabajadora se vé especialmente atacada por la miseria, ni privada de la facultad de economizar. Los detalles que contienen las memorias, confirman plenamente este aserto. Hay, entre los imponentes, no solamente obreros de las más diversas profesiones, sino que á la vez presentan todas las diferencias del estado civil: hay hombres, mujeres de todas las edades, mineros, célibes, casados, etc.»

Ante estos resultados, el Sr. Fix pregunta:

«¿No prueba eso la eficacia de nuestras instituciones y de nuestro sistema económico para realizar el progreso?»

Y tiene la buena fé de responder:

«Estos hechos, por consoladores que parezcan, están, sin embargo, léjos de conducirnos á esta conclusion; que la suerte de las clases obreras es satisfactoria; que la condicion de los trabajadores es feliz, y que no hay ninguna mejora que realizar. ¡GUÁRDENOS DIOS de hacer semejantes afirmaciones! Hay en este mundo más miserias de las que pueden curar una caridad sin límites, las meditaciones de

todos los talentos superiores y los medios prácticos que resultasen de este doble esfuerzo. Los sufrimientos son muy reales, y jamás se los hará desaparecer.»

Pero, en fin: si la economía política es eficaz para realizar el progreso de la riqueza, como pretende el Sr. Fix, ¿por qué es impotente para salvarnos de la miseria? ¿Cómo se explica esta contradiccion?

Un poco más adelante añade el Sr. Fix: *esto consiste en que la felicidad sobre la tierra se armonizaría mal con nuestro destino futuro*; lo cual quiere decir, que la economía política es un enigma para los economistas, y que el Sr. Fix no lo ha adivinado.

Yo creo, lector, que estás más adelantado que nuestro autor, y continúo.

Todas las categorías de obreros tomaron parte en los depósitos de las cajas de ahorros, y entre los imponentes hay individuos de ambos sexos, de todas las edades y de todas las condiciones. Eso prueba que todas las condiciones son iguales como instrumentos de riqueza, y que en todas las edades y en todos los momentos de la vida social, el hombre puede ser productor y convertirse en autor de su bienestar. Con esto se demuestra de nuevo la equivalencia de las funciones y la anomalía de la miseria: tal es nuestro primer punto.

Pero en cada categoría industrial, la división del trabajo, las máquinas, la organizacion jerárquica, los beneficios del monopolio, la reparticion inícuca del impuesto, la mentira del crédito, hacen innumerables víctimas é inutilizan, para la multitud, los esfuerzos de la industria humana, la prevision del legislador y todas las combinaciones de la justicia y de la equidad. Ahora bien: faltando el equilibrio en la produccion, es necesario que desaparezca tambien en la reparticion; y sin inquietarnos por la

contrariedad que pueda haber, por la realización de la felicidad en la tierra, entre el destino presente y el futuro, por lo ménos, es seguro que el destino presente no está de acuerdo consigo mismo, y que esta discordancia viene de la economía política.

Que las memorias de las cajas de ahorros proporcionen la prueba del bienestar de los *imponentes*; nosotros la aceptamos gustosos; pero si estas mismas memorias presentan á la vez la prueba del malestar de *vuestros imponentes*, ¿qué se habrá probado en favor de la economía política? De 400.000 obreros y criados que hay en París, sólo 124.000 están inscritos en las cajas de ahorros; el resto no aparece. ¿En qué gastan éstos sus salarios? Dos ejemplos nos lo dirán.

Cierto número de obreros impresores gana en París desde 5 á 10 francos por día, y trabaja todo el año; la inmensa mayoría no llega á 3 francos, y disfruta dos meses de descanso. En Lyon, algunos trabajadores en seda que tienen varios oficios en su casa, pueden hacer, con su trabajo personal y con el de los obreros que ocupan, de 5 á 6 francos de renta. La multitud no pasa, por término medio, los hombres de 2 francos y las mujeres de 1. Me detengo en estas dos profesiones. Y bien: que se me diga lo que puede ser en París la existencia de un adulto que gana ménos de 3 francos al día, y en Lyon la de un obrero con un salario variable de 1 á 2 francos. ¡Y hay quien se admira de que esta gente no economice, tanto más, cuanto que no figura en la lista de los indigentes! Y sin embargo, estos hombres son más desgraciados que aquellos que, habiendo vencido la primera dificultad, reciben su parte de la caridad oficial.

Esos, direis, están en el caso de redoblar su actividad, su economía y su inteligencia; deben apro-

vechase de las cajas de ahorros y de otras instituciones de prevision, establecidas precisamente para los obreros que ganan ménos.—La caja de ahorros es el banco de depósitos del pobre, y fué una idea feliz la de hacer debutar al pobre en la carrera del bienestar, como debutaron todos los bancos.

Así, pues, la caja de ahorros no es más que una declaracion oficial, una especie de verificacion del pauperismo, y se quiere que sirva de medio curativo para el pauperismo. La caja de ahorros no tiene entrañas para los que nada pueden darle, y para ellos, precisamente, se ha creado. ¡A mí ya no me sorprende que estos moralistas tengan valor para exigir á los proletarios la inteligencia, la actividad y todas las virtudes morales, despues de haber trabajado ellos mismos cuarenta años para hacerlos tan bestias! Pasemos.

Los efectos subversivos de la caja de ahorros son de dos clases: relativamente á la sociedad, y relativamente á los individuos.

En lo que respecta á la sociedad, la caja de ahorros, que descansa en la ficcion de la productividad del capital, es la demostracion más clara de los efectos desastrosos de esta ficcion. Cuando los depósitos de todas las cajas de ahorros asciendan á mil millones, á 3 $\frac{1}{2}$ por 100, serán 35 millones de impuesto que habrá que añadir al presupuesto, repartiéndolos entre todos los contribuyentes. ¿Y quién pagará esta contribucion? El país; es decir: la clase más pobre, la que nada tiene en la caja de ahorros, pagará la mayor parte; la clase económica, que cobra el interés, satisfará la parte menor; y la clase rica, una parte mínima. Vemos, pues, que la caja de ahorros tiene por punto de partida una expoliacion, supuesto que sin esta expoliacion no existiría. ¡Y aún se dice á los expoliados: imponed en la

caja de ahorros!... ¿por qué no imponeis en la caja de ahorros?

Spongamos que el Estado, fiel á las tradiciones del banco de depósitos, conserva, sin tocarlos, los fondos que se le confían. Al cabo de veinte años deberá, por el interés compuesto, dos mil millones en vez de mil que recibió. Habrá, pues, bancarota infalible por la mitad de las cantidades que adeuda, sin ventaja alguna para el Estado. En esta hipótesis, la seguridad queda destruida y la institucion es imposible. Pero tambien es evidente que el Estado no se colocaria nunca en condiciones tan desfavorables: deberá, pues, á fin de no recargarse, aplicar las economías del pueblo á los servicios públicos, lo cual es cambiar la caja de ahorros en un empréstito siempre abierto, que tiene un movimiento continuo de entradas y salidas, imposibles de reembolsar íntegramente. Desde que se crearon las cajas de ahorros, muchas personas empezaron á temer que llegase un dia de pánico en que el gobierno se encontrase imposibilitado de responder á los imponentes que afluyesen exigiéndole sus fondos, y hasta un folletista célebre se fundó en esto mismo para censurarle duramente. ¡Como si el objeto del gobierno no debiese ser, precisamente, el colocarse en estado de no reembolsar! ¡Como si el no-reembolso no fuese una necesidad de la institucion, y una de las más preciosas garantías del orden de cosas!... El *Diario de los Debates* (30 de Diciembre de 1845), en un artículo suscrito por el Sr. Chevalier, si mal no recuerdo, lo comprendió perfectamente y lo reconoció con franqueza. En cuanto la suma total de las imposiciones llegue á su cifra máxima, que yo supongo de mil millones, el gobierno, sin el concurso de las Cámaras, habrá recibido y gastado mil millones, cuyo interés votarán siempre los representantes del

país. ¿Y no es una cosa que dá lástima ver á la prensa lanzando los mayores gritos por una conversion de rentas que se le niega y que no dará cuatro millones de economías, mientras pasan desapercibidos estos mil millones que, sin voto y sin exámen, se evaporan en las oficinas del poder, excepcion hecha del interés de sesenta ó setenta millones que dejan en pos de sí?

La caja de ahorros es, para los imponentes, un agente de miseria no ménos enérgico y seguro, pues léjos de atenuar en lo más mínimo el malestar del pueblo, no hace más que repartirlo y aumentarlo por esta reparticion misma: es una enfermedad inflamatoria y local que se cambia en una languidez universal y crónica. Se dice al pobre: sufre más, absente, ayuna, sé más pobre todavía, más necesitado, más despojado; no te cases, no ames, á fin de que el señor duerma tranquilo confiando en tu resignacion, y que en los últimos dias de tu vida el hospital no se vea precisado á cargar contigo.

Pero... ¿quién me asegura que recogeré el fruto de esta larga privacion? A medida que la vida se marcha, las probabilidades de vivir disminuyen; ¡y para conjurar un peligro siempre decreciente, se me exige el sacrificio del bien presente, del bien real!... La vida no se empieza de nuevo, y mis ahorros no pueden ser nunca la preparacion de otra carrera. El sabio, el filósofo práctico, prefiere un goce cada semana, á mil escudos acumulados durante cuarenta años de avaricia solitaria: y esta eleccion es tanto más acertada, cuanto que, con este régimen, sólo podemos atesorar para nuestros herederos. Vosotros decís: El goce es pasajero; esta plenitud de la vida que constituye la felicidad y la salud, sólo se siente por intervalos y durante momentos muy cortos: la felicidad no existe en este mundo. Profundos mora-

listas sostienen, al contrario, que la vida está, precisamente, en estos instantes rápidos en que el alma y los sentidos no tienen nada que desear, y que aquel que ha conocido esta embriaguez de la existencia una sola vez durante un minuto, ha vivido ya. Y bien: ¿quereis que yo vegete en vez de vivir? ¿Y si no hay más vida que esta?

Por último:

El objeto filantrópico de las cajas de ahorros consiste en preparar al obrero un recurso contra los accidentes que le amenazan; escasez, enfermedades, falta de trabajo, reduccion del salario, etc. Bajo este concepto, la caja de ahorros es la prueba de una prevision y de un buen sentimiento dignos de elogio; pero es tambien la confesion pública y casi la sancion de la arbitrariedad mercantil, de la opresion capitalista y de la insolidaridad general, causas verdaderas de la miseria del obrero.

El objeto económico y secreto de la caja de ahorros, consiste en prevenir, por medio de una reserva, los tumultos por las subsistencias, las coaliciones y las huelgas, repartiendo en toda la vida del obrero la desgracia que, de un dia á otro, puede sobrevenirle, produciéndole la desesperacion. Bajo este punto de vista, la caja de ahorros es un progreso, porque enseña á vencer la naturaleza y lo imprevisto; pero es tambien la muerte moral, la decadencia estética del trabajador. Se ha hablado mucho en estos últimos tiempos de hacer las cajas de ahorros y de retiros obligatorias á los obreros, reteniéndoles una parte del salario para este objeto. Venga esa ley; y á la vez que se habrán eliminado las miserias súbitas y las pobreza extremadas, se habrá hecho de la inferioridad de la casta trabajadora una necesidad social, una ley constitutiva del Estado.

En fin; el objeto político y dinástico de la caja de

ahorros es el de encadenar, por medio del crédito que se le pide, la poblacion al orden de cosas. Nuevo paso hácia la estabilidad, la igualdad civil y la subordinacion del gobierno á la industria; pero al mismo tiempo excitacion al egoismo y decepcion del crédito, supuesto que, en vez de ofrecer á todos una posesion efectiva y social de los productos del trabajo y de la naturaleza, la caja de ahorros no hace más que desarrollar el instinto de acumulacion sin ofrecerle garantías.

Ahora bien: si la caja de ahorros no toca de ningun modo á las causas de la desigualdad; si no hace más que cambiar el carácter del pauperismo, dándole en extension lo que le quita en intensidad; si, gracias á ella, la separacion del patriciado y del proletariado se hace más profunda; si es una consagracion del monopolio, cuyos efectos la hicieron nacer, ¿se puede decir que la caja de ahorros es el áncora de salvacion de las clases trabajadoras, y que debe producir algun dia una inmensa renovacion social? A las cajas de ahorros suceden las de retiros, las sociedades de socorros mútuos, de seguros sobre la vida, las tontinas, etc.; combinaciones todas cuyo principio se reduce á repartir los riesgos, ya sobre la vida entera de cada individuo, ya sobre cierto número de asociados, pero sin atacar nunca el mal en su raíz, sin elevarse á la idea de una verdadera reciprocidad, ni siquiera de una simple reparacion.

Segun el proyecto del Sr. O. Rodriguez sobre las cajas de retiros, todos los obreros podrian hacer imposiciones en la caja, desde 21 hasta 45 años, y la pension podria empezar á cobrarse desde los 55 hasta los 65 años.

El minimum de esta pension seria de 60 francos.

Se puede decir que de mil individuos de 21 años, más de la mitad mueren ántes de los 55; luego, para

evitar una vejez desgraciada á quinientas personas, se les hace pagar una contribucion para otras tantas que, en el órden de la Providencia, nada tenian que temer. En vez de quinientos pobres, tendremos mil: tal es la ley de todas esas verdaderas loterías. El señor de Lamartine entrevió esta contradiccion al quejarse de que se diese limosna á los pobres con el dinero de los mismos, y al pedir que los fondos de reserva saliesen del presupuesto. Desgraciadamente, el remedio habria sido peor que la enfermedad. ¡Una contribucion de pobres! Por la salvacion del pueblo y el bien de los indigentes, no se debia consentir semejante cosa, y no se consintió.

El seguro sobre la vida es otra clase de explotacion, en la cual el empresario, mediante una renta anual que percibe por anticipado, promete pagar, el dia que fallezca el asegurado, una cantidad de... á sus herederos. Es lo inverso de la renta vitalicia.

Como estas empresas se sostienen, sobre todo, por el gran número de asociados, resulta que, en el seguro sobre la vida, los que viven mucho son explotados por los que mueren pronto. Siempre la reparticion del mal, presentándose como garantía contra el mal; siempre la relacion de extension sustituyendo la de intensidad. Dejo á un lado los riesgos de la bancarota que corren los asociados, los pleitos que necesitan sostener para que se les pague, y el peligro que corren de perder muchos años de sacrificio, si por una desgracia cualquiera se viesen imposibilitados de continuar satisfaciendo la prima.

Cualesquiera que sean, pues, las ventajas completamente personales que ciertos individuos, necesariamente en pequeño número, encuentren en las instituciones de socorros y de prevision, su impotencia contra la miseria queda matemáticamente demostrada. Todas obran como los juegos de azar, ha-

ciendo soportar á la MASA el beneficio que ofrecen á *algunos*; de modo que, si, como la razon lo indica y como la universalidad del mal lo exige, las sociedades de socorros hubiesen de socorrer realmente á todos los que lo necesitan, no socorrerian á nadie y se disolverian. Con la igualdad desaparecería la mutualidad. Así vemos como un hecho de experiencia, que las sociedades de socorros mútuos sólo se sostienen cuando se dirigen á obreros de cierta comodidad, y que caen, ó mejor dicho, son imposibles, desde que se trata de admitir á aquellos á quienes servirian más, como son los pobres.

La caja de ahorros, la mutualidad, el seguro sobre la vida; cosas excelentes para la persona que, gozando ya de cierta fortuna, desea añadir á ella garantías, son, sin embargo, infructuosas y hasta inaccesibles á la clase pobre. La seguridad es una mercancía que se paga como cualquiera otra; y como la tarifa de esta mercancía baja, no segun la miseria del comprador, sino segun la importancia de la cantidad que asegura, el seguro se convierte en un nuevo privilegio para el rico y en una ironía cruel para el pobre.

Terminemos esta revista con un ejemplo que, tomado en otra esfera de operaciones, pondrá más de relieve lo que el crédito tiende á producir y lo que es impotente para realizar, ya se deba á la intervencion del Estado, ya á la accion del monopolio.

En el capítulo VI he explicado el origen y la teoría del rendimiento de los capitales, ó sea del préstamo á interés. Hice ver cómo esta teoría, verdadera cuando se trata de transacciones entre particulares y el interés se limita á reconstituir el capital, mas una prima ligera, es falsa si se la aplica á la sociedad y se admite la perpetuidad del interés. La razon, añadí entónces, está en que el producto líquido